

The book cover features a light yellow background with several overlapping circles in shades of purple, blue, and grey. A dark blue, textured wavy border is at the bottom. Purple floral motifs are in the corners.

LA VIDA ESTÁ EN LAS MANOS

Tamara Denise Postorivo

ÍNDICE

Prefacio

Por Juana Riepenhausen

5

La vida está en las manos

Por Tamara Denise Postorivo

No Ficción

8

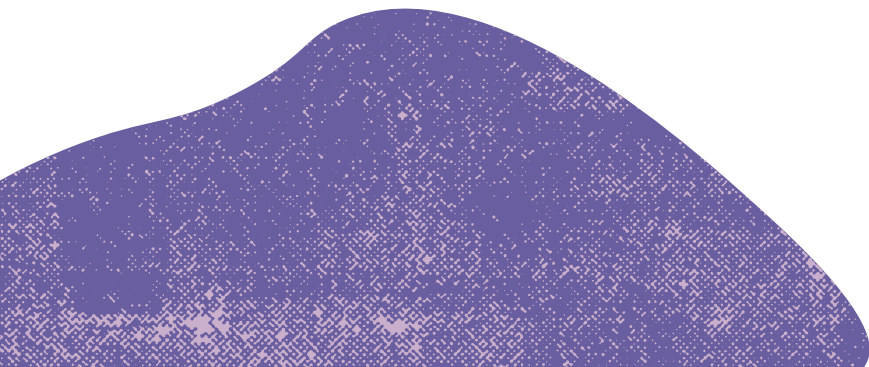
Ficción

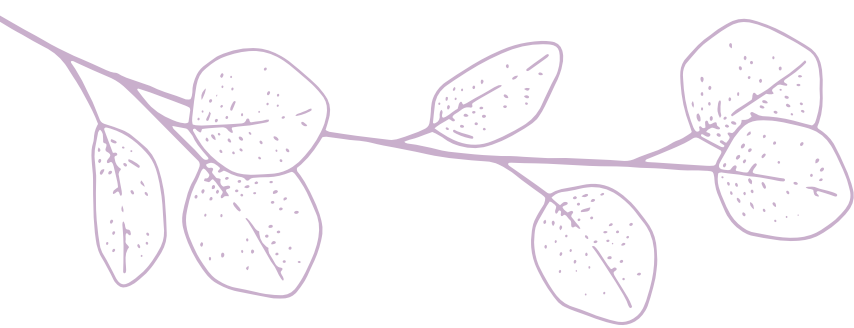
36

Despedidas

Por parte de sus amigas

P.x





PREFACIO

La conocí a Tamara allá por el 2020, en el medio de una pandemia, en el nudo de la historia de su enfermedad. Tamara, Tami para todos nosotros, fue abierta con sus circunstancias y sobre todo con sus sentimientos alrededor del proceso. El nuestro era un taller de escritura pero también era un espacio de encuentro. Tami pasó por todos los grupos de Todo Nuestro y siempre lo hizo entregándose a los demás con honestidad y simpleza. Con ella se podía hablar sobre el Cáncer y sobre la muerte, que en ese momento deseábamos estuviese lejos pero sabíamos podía alcanzarla. Su historia no era un tabú ni un propósito. Era una circunstancia que la atravesaba pero no la definía.

Unos años después de conocerla, Tami decidió comenzar con un proceso de mentorías conmigo. Su plan era compilar sus textos, escribir otros nuevos, darle un marco formal a su escritura. Pasados algunos meses, Tami tuvo que volver a enfocarse en su tratamiento y el proyecto quedó momentáneamente suspendido. Esas fueron sus palabras. Se tomaría un descanso pero enseguida volvería a la carga. La actitud de Tami había sido esa durante todo el proceso de su enfermedad. Su newsletter, ese que escribía como un diario de su tratamiento, se titulaba Una lloradita... y a seguir! porque Tami siempre seguía. Ahora que ya no está, me descubro pensando en qué opiniones tendría ella alrededor de la narrativa de que al Cáncer se le pelea y que frente a esta enfermedad hay ganadores y perdedores. Tami siguió hasta que su cuerpo no pudo más, pero me parece errado decir que perdió. No cuadra con la imagen que tengo de esa mujer que supo llenar sus días con honestidad y esperanza, incluso cuando los diagnósticos iban en su contra.

En los años que Tami fue parte de nuestros talleres, hablamos de la muerte en general y de su posible muerte muchas veces. Hablamos sobre las ideas, sobre la forma en la que ellas están siempre con nosotros y se siguen las unas a las otras, asegurándose así de que nunca nos quedemos solas, sin ninguna dando vueltas. Hablamos sobre la certeza que teníamos de que suerte tiene aquel que muere con sueños pendientes, sobre el deseo de que nuestro último respiro se diera con una idea atravesada. Me consta que Tami tuvo ganas de hacer mucho más de lo que logró concretar. Hablé con ella algunos meses anteriores a su partida y ella seguía teniendo ganas de escribir, de imaginar, de inventar. Ya no puedo escribirle, no le puedo preguntar si teníamos razón, pero ella era una mujer que elegía cuidadosamente sus creencias, y por eso yo elijo creer que sí. Elijo creer que, cuando Tami nos dejó, su corazón estaba lleno de deseos. Espero que, como pensamos, esto no le haya dado pena. Espero que la haya hecho sentirse acompañada.

Los textos de esta recopilación fueron publicados por Tami entre el 2020 y el 2023. En nuestras charlas ella me comentaba que algunas versiones estaban siendo revisadas, pero no tuve acceso a ellas, y en cualquier caso siento que estas versiones, así como Tami las sintió listas en su momento, alcanzan para que los lectores que no la conocieron aprecien cómo su pluma sabía encontrarse con la hoja. Gran parte de la identidad de los escritores pasa por cosas minúsculas que un ojo distraído no sabrá apreciar. La puntuación, los espacios, las palabras repetidas, todo eso forma parte de la huella digital literaria de un escritor, esa que es imposible de reproducir. Por eso, a la hora de compilar textos en una sola obra, mi trabajo intentó ser lo más discreto posible y se limitó a corregir errores de tipeo o modificar el formato de algunos textos para colaborar con la lectura. Lo que van a leer a continuación es Tamara Denise Postorivo, su voz y su pluma, inmortalizada de la manera que ella decidió correcta cuando dejó que sus textos conocieran el mundo. Sus temas recurrentes son el anhelo incansable de un corazón que insiste en amar incluso cuando no es conveniente, la devoción por su familia y la entrega a la escritura. Si escribió sobre el miedo, fue solo como antesala a la esperanza. Si escribió sobre el dolor, fue solo para enaltecer los placeres. Si escribió sobre la muerte, fue solo a través de un claro contraste con la vida, que para Tamara lo abarcaba todo.

Releyendo sus escritos, me encuentro feliz de saber que ella sabía lo que sus lectores pensábamos: que era una gran escritora, que podía realmente narrar cualquier cosa, que tenía una capacidad especial para hacerte reír, llorar y enamorarte en un solo párrafo. Soy feliz de saber que ella vivió escribiendo y conociendo la importancia de sus palabras, el alcance de su talento y la trascendencia de su propia historia.

Estas palabras son difíciles de escribir, no porque sean duras sino porque quiero hacerle honor a la vida y la obra de una persona excepcional, invocar con estos párrafos su presencia para traerla un rato más cerca de mí, y no sé cómo se hace eso. No sé cómo se resume en un par de palabras la esencia de un ser humano tan gigante. Por eso a cada escritor le toca escribir su propia historia, porque nadie más que uno puede hacer ese trabajo por nosotros. El testimonio de lo que Tamara fue como artista está en su escritura. Esa escritura que, dijimos juntas una vez, la esperó siempre. La escritura que la contuvo, la impulsó a encarnar la vida en cada mínimo acto y la ayudó a mantener su humanidad a través de una enfermedad tan injusta. Ella escribió su historia. Ella supo, mejor que nadie, quién era Tamara Denise Postorivo, y se encargó de contárselo a quien quisiera leer. Esta recopilación es eso. Tamara, siendo Tamara, en todas sus palabras.

Juana Riepenhausen, febrero 2024



LA VIDA ESTÁ EN LAS MANOS

POR TAMARA DENISE POSTORIVO





No Ficción



DENUSOIDE

Siempre le reproché a mi mamá la elección de mi segundo nombre hasta que mis amigos de la facultad lo supieron y empezaron a llamarme por él. Al principio me molestaba pero, con el tiempo, me amigué. Denise no es un nombre común, Denissita, como lo escriben mis amigos, menos.

A mí, sin importar el nombre, me gusta escribir aunque no sé exactamente desde cuándo. Quizás fue en quinto grado cuando hubo que escribir un cuento para un libro colectivo que publicaron en 2010. Quizás fue cuando escribía en un cuaderno cosas que se me ocurrían, rezando que nunca nadie lo encontrara por vergüenza. Por ahí, fue en alguno de los talleres que hice por internet sin que nadie lo sepa.

Tal vez fue cuando dejé de escribir sin importar si alguien más leía o no y empecé a hacerlo para mí, como forma de canalizar la creatividad que me brotaba y me animé a anotarme en un concurso, con una poesía que no me gustaba, pero que igual publicaron.

Quizás fue cuando entendí que la escritura no es otra cosa que darle *“forma de palabras”* al mundo. Ya sea el tuyo, o la forma en que ves el de los demás. O cuando comprendí que la creatividad es algo que todos tenemos y que saber cuál es tu canal de expresión es un regalo. Quizás fue por eso que, cuando encontré a Juana y la leí decir que “escritor es el que escribe”, me dije a mi misma: “Sos Tamara Denise, abogada, bailarina de alma, y también escritora”.

Podría llamar a este espacio con mi nombre de pila, pero me gustó DENUSOIDE por original y porque etimológicamente significaría: “La forma de Denus” (*Denu(s)- Denise // Oide: Sufijo- que significa “la forma de”*).

Así que, bienvenido todo aquel que guste de leer y compartir mi mundo o mi forma de verlo a través de las palabras. Tengan paciencia, que esto se va a ir armando.

EL CONJURO

A veces, mi conjuro da resultado
y te pienso con tanta fuerza que aparecés en formas:
De palabras
De un mensaje
De una canción
En el mensaje de una canción.
A veces te pienso con tanta potencia
que aparecés en forma de sueño
En forma de voz
En un sueño con tu voz.
Pero a veces mi hechizo no sale perfecto
Y mientras leo un cuento
aparece algo que se te parece
pidiendo que me llame a silencio
porque hay momentos en que eso es mejor.
A veces la magia se vuelve mezquina
y me hace extrañarte en las cosas simples
como en el café o el río.
Me hace extrañarte en el Café del Río.
Me hace creer que si no te pienso, te olvido
Y que si no te veo,
No podré tenerte siquiera cuando te imagino.
Y aunque ya no recuerde ni mis propios trucos,
cuando pienso en tu nombre aparecés en formas:
De palabra,
De oración,
O simplemente siendo el redondel que dibuja la O
que finaliza la palabra con la que termina el cuento.
La oración, el cuento, el sueño
me traen el sonido de tu voz
hasta el sepulcral silencio del Café del Río.
Y cuando creía que ya estabas en el olvido
apareces en forma de canción
lanzando un conjuro que, a veces, da resultado.

LA ISLA DESIERTA

Quiero que me lleves a la isla desierta para aprender a ver siempre todo con tranquilidad. Quiero ir y descubrir qué pasa, cuál es la magia que allá sucede que te devuelve siendo mejor, siendo eso que me gustaría ser y no puedo porque la jungla no se parece a tu isla desierta.

Quiero que me muestres tu isla inhóspita, esa que nadie habita, donde sos libre y real. Dónde sos.

Quiero ir y que me cuentes los secretos que tiene, aunque corra el riesgo de que se esfume el encanto que este lugar se ganó en mi imaginación.

Quiero conocer tu isla, los árboles que te ayudaron a trepar y crecer, la carpa en la que te refugias del vendaval, el agua con la que limpiaste las heridas que no se pueden ver. Que no dejabas ver, que solamente desnudaste en tu isla desierta. Desierta de mosquitos, de serpientes, de prejuicios, de cargos de conciencia.

Quiero que me lleves a tu isla desierta cuando la ciudad nos quede chica para celebrar los éxitos. Cuando la ciudad nos quede chica para llorar las penas. Cuando la ciudad nos quede chica para defender la alegría o rebalsar de ella. Cuando la ciudad nos quede chica para asumir que nos venció.

Quiero irme a tu isla a verte las heridas y dejarnos vencer sin los ojos del mundo esperando que no te rindas. Quiero conocer la arena sobre la que te desarmás, y dejarme sorprender por tu fuerte. Quiero ir a verte fuerte.

Quiero ir a ver qué pasa antes de resurgir. Ir y ver justo el momento en que te dejás ganar, y caés. Ir y sacarte la manía que tenés de hacerlo solo.

Quiero que me lleves a tu isla desierta para poblarla, habitarla, y *“cuidarte siempre a vos en la derrota. Hasta el final.*

El final”

UNA MÁQUINA DE AMARTE

Voy a diseñar una máquina para amarte. Un dispositivo perfecto que lo haga por mí cuando yo sienta que ya no puedo más. Y no porque quiera dejar de hacerlo, sino porque quererte de la manera en que lo hago me agota más que correr una maratón y consume más energía que mil televisores encendidos a la vez.

Y a veces siento que ya no me da el cuerpo. Y a veces creo que ya no entra tanto en el corazón. Y a veces creo que es tanto lo que tu amor presiona sobre mis huesos, que se van a hacer polvo en un abrir y cerrar de ojos.

Quererte de la manera en que lo hago no es fácil para nadie, ni siquiera para vos, porque sé que puede ser abrumador todo este torbellino que se genera alrededor mío cuando lo hago.

Voy a fabricar una máquina que te ame por mí porque hasta eso sería más simple. Hasta podría idear que lo haga con mucho más cuidado y con mucha más cautela que con la que te amo yo. Es que todo de mí se funde mientras te quiero, y me descarrilo, y parece que no existen frenos, y llego al final del día cansada como si hubiese perseguido al trote un tren salido de las vías durante días.

Lo peor es cuando creo encontrar la calma y trato de dejar de quererte por un segundito para poder respirar aire puro y libre de vos... y no puedo. Y tu perfume está en el aire y si no está yo me lo invento. Y otra vez me agoto. Y otra vez deseo que exista una máquina que haga todo eso por mí. Porque ya no me pertenezco, porque lo dominás todo... mi cabeza, mi corazón... ¡TODO! ... incluida mi creatividad.

Quiero crear una máquina que te ame por mí, y que no se desarme con tu presencia como lo hago yo. Y que cuando se sobre exija pueda ponerse en automático como los aviones. Porque a mí no me sale, porque yo no sé cómo se activa esa función en mi sistema, y sigo acá, queriéndote, todo el bendito tiempo que se vuelve maldito cuando me doy cuenta que te quiero tanto, ¡TANTO!, que el tiempo se me esfuma entre los dedos.

Así que voy a construir una máquina para amarte. Que palpite a ritmos siderales como lo hace mi pulso cuando sonreís, que simule las carcajadas que me producen los chistes malos que contás y que te haga creer que son buenos, como lo hago yo. Una máquina que soporte tanto amor y tanta alegría sin tildarse o suspenderse por más que se inunde de amor y no pueda “conectar” siquiera consigo misma.

Voy a diseñar una máquina... una que funcione incluso mucho mejor de lo que funciona mi corazón cuando te tengo cerca.

CICLOS

Hojas que caen de los árboles como lágrimas que caen de los ojos.
Ojos que se achinan por culpa del viento que vuela al pelo encima de nuestra cara.
La cara seca por el frío.
El frío que cala hasta los huesos.
Los huesos que nos mantienen firmes, igual que las ramas de los árboles.
Árboles que después de quedar desnudos, comienzan a vestirse de flores.
Flores que perfuman la primavera, y dan la bienvenida a los pájaros.
Pájaros que vuelan en el ocaso de un día cálido de enero.
Enero que nos derrite y nos agobia, marcando la presencia del estío.
Estío que solo resulta ameno si estamos al lado del perfume del mar.
El mar que parece llevarse cuentos antiguos y traer historias nuevas.
Historias nuevas escritas en un cuaderno, o en alguna que otra hoja suelta.
Hojas que caen de los árboles...
Y de nuevo volver a empezar.

LA PLAYA INFINITA

•

Me gusta la playa vacía, y el vacío de la playa.
Que no haya nada, aunque se llene de gente y que eso sea todo.
Me gusta el efecto de mirar ambos lados y creer que es eterna.
Cuando estoy en la playa, yo me siento infinita. Y me gusta.

•

Me gusta pensar que no tengo final, y mucho menos un único principio.
No saber dónde termino, y apenas recordar donde empecé, o si empecé muchas veces.
Me gusta saber que empecé muchas veces.

•

Me gusta sentir que mis extremos son infinitos, como los de la playa infinita.
Me gusta saber que cuando no me guste mi punto de partida puedo cambiarlo, infinitas veces, como puedo cambiar la calle que uso para entrar a la playa, y darle a ella también un nuevo punto de partida, sin que deje de ser infinita.

•

Me gusta el vacío de la playa y la playa vacía.
Que no haya nada, aunque en ella esté yo.
Y volverme infinita, en mi playa infinita.

•

LA SEPARACIÓN

Había salido de dejar un vencimiento, 7:30 a.m., en los tribunales de Marcelo T. De Alvear, y hasta las 10 no tenía audiencias. Definitivamente precisaba desayunar y era una mañana de verano fresquita, de esas ideales para regalarte un momento acompañada de un café y un lindo libro. Encaré a caminar para el lado del *Palacio*, único lugar que podía tener una cafetería abierta a esas tempranísimas horas. Para mi sorpresa, caminando por calle Azcuénaga, me topé con una pizarra en la vereda que decía “*Café Rondó*” en tiza rosa con arabescos y flores. Abajo, la primera oferta del menú decía “*Latte con Avocado Toast- \$350*”. Recuerdo que me dio risa porque claramente era el prototipo de cafetería de Recoleta.

Si hubiera seguido hasta la cafetería de Tribunales, habría tomado un café con leche con medialunas, pero después de 12 horas de ayuno y haber arrancado el día sacándome sangre, esa tostadita de palta me llamaba a gritos.

Cuando entré, antes de decidir dónde sentarme, observé el lugar. Si me iba a regalar dos horitas amenas antes de internarme a escuchar a dos ex pelearse por la cuota alimentaria de sus hijos, mínimamente, el momento de ocio tenía que ser impecable. Al fondo había sillones que parecían demasiado cómodos, pero mi vista giró como por acción de un imán hacia una canasta de libros sobre la barra. Por supuesto que ese fue el sector que ganó. No sabía, cuando entré, que en esa cafetería había libros, yo iba lista con el mío (*siempre voy lista con el mío*), pero esos nuevos parecían más interesantes.

Cuando observé la canastilla, noté que no había muchos títulos, pero sí los suficientes para que todos los que estábamos en ese momento en el local disfrutáramos de uno, aunque creo que era la única que iba con ese plan. Agarré el libro con más páginas. Lo agarré porque estaba escrito por un político que había resonado en las noticias esos días. Lo hojeé y me pareció súper interesante, pero también me pareció demasiado temprano para interiorizarme en cómo el tipo pensaba salvar al país.

Mientras esperaba el latte y el avocado toast que me había pedido, me anoté el nombre para leerlo en algún momento. Guardé el anotador en el que ahora escupo estas palabras y luego le abrí espacio al libro entre los otros para devolverlo a su lugar. Vi en la canastilla otro título que me llamó la atención y, romántica empedernida como soy, lo tomé. Me debatí entre abrirlo o agarrar 1984 de la cartera (libro que recién pude leer este año). Pero *La Separación* me resultó un título más atractivo para leer en ese momento que la historia del Gran Hermano.

Cuando estaba en la página 3 de la historia de Lucía y Pedro, llegó mi café. Lo endulcé con dos sobrecitos de azúcar orgánica, de esas que tienen en todas las cafeterías saludables de Recoleta.

Revolví. Cambié de página y le di un sorbo a la infusión. El libro que estaba leyendo, en su primera página rezaba: *“Miro dormir al hombre que a partir de mañana será mi exmarido, y que probablemente nunca volverá a dormir a mi lado”*. Y mientras seguía leyendo me quedé pensando en esa frase... En la infinidad de veces que habremos visto a alguien sin saber que esa sería la última vez. En las innumerables (o no tantas) veces que alguno de nosotros durmió con alguien sin saber que eso jamás volvería a suceder.

Pensé en lo afortunada que era Lucía por saberlo. Aunque también se me cruzó por la cabeza que saberlo podría resultar un infierno. No logré seguir pensando porque me interrumpió la mirada de alguien clavada en mi cuello. Un chico, parado a mi lado, endulzaba su café con dos sobrecitos de azúcar orgánica. Me di cuenta que, cuando lo miré, no bajó su ojos ni disimuló estar viéndome. Le sonreí. No sé por qué. Quizás, hoy en día, su actitud debería darme miedo. Pero no me dio. Y sonreí. Y él sonrió.

Bajó la vista para revolver su café. Lo imité y bajé la vista al libro. Su voz me interrumpió:

—Voy por la página 163.

Miré cuántas páginas tenía el libro... 184.

Lo miré a él y sin dejarme decir nada volvió a hablar.

—Me alegra saber que no soy el único que desayuna leyendo libros. *(Yo también me alegro.)*

Me ref. ¡Bah! En realidad, solté la risita más idiota de todo mi stock. Para salir de la incomodidad le pregunté si valía la pena volver para terminarlo.

—Yo creo que sí, que vale... pero ya te puedo adelantar que es triste. (Y... con este título ya lo creo).

Me dijo que iba a volver mañana, a ver si se animaba a terminarlo. Y en un acto que ni siquiera pensé, cerré el libro y se lo extendí... pensé... él debía estar más urgido por leer ese libro, que yo que recién lo estaba empezando.

Negó con la cabeza y extendió la mano en un gesto de “no lo quiero” lo suficientemente convincente y dulce como para que yo no insistiera.

—*El jueves pasado llegué al último capítulo, y desde entonces ya vine 3 veces y no lo volví a agarrar.*

—*Entonces, ¿te gustó o no?* —dije.

—*Sí que me gusta, pero me da cierta tristeza terminarlo.* —Jamás se me hubiese ocurrido esa respuesta, pero por alguna extraña razón lo comprendí.

Tapó su café para llevar. Me miró de nuevo y dijo

— *Disfrutalo, que tengas un lindo día*”, y caminó hacia la puerta. Mientras salía, lo observé dándole un sorbo a su café. Mientras salía, me observó mirarlo a través de la ventana. Nos sonreímos a través del cristal *por última vez* con la sonrisa más idiota que ambos teníamos en nuestro stock.... Por última vez... *¿Por última vez?*

En ese preciso instante entendí el vacío que sintió Lucía al saber que esa sería la última noche que iba a dormir con Pedro. En ese preciso instante supe que tenía razón cuando dijo: *“Es parte de la misericordia divina no saberlo todo. Y hoy agradezco esta dulce oscuridad”*.

**El libro “La Separación” es de la autora argentina Silvia Arazi. Ella tomó este relato como una reseña de su libro, lo cual me honró aunque no lo escribí con esa intención. Terminé el libro en ese Café semanas después, y desde entonces (2018) lo recomiendo a todo aquel que quiera comprender LA SEPARACIÓN.*

CINCO

Te miro, me miras. Nos miramos.

Cinco segundos que parecen una hora.

Es todo lo que aguanto

Vuelvo la vista al piso.

Parece que se mueve... es que nada se siente igual en mí después de mirarte.

Siento la calma, respiro tranquilo, pero a la vez todo se mueve, todo parece sucumbir.

Camino. (Solo unos pasos.)

Uno

Dos

Tres

Te miro, me miras. Nos miramos.

Cinco segundos que parecen un día.

Es todo lo que aguanto.

Vuelvo la vista al piso.

Siento que mi corazón desea habitar otro cuerpo, pero no el mío. Es que, de lo rápido que late, parece que mi pecho le queda chico

Estoy agitada, me tiemblan las piernas, y así y todo sigo sintiendo la calma.

Camino. (Un poco más)

Un

Dos

Tres

Te miro, me mirás. Nos miramos.

Cinco segundos que parecen una vida

Es todo lo que aguanto.

Vuelvo la vista al piso.

Las manos me transpiran, el aire casi no me cabe en el pecho porque todo el espacio lo llena mi corazón latiendo.

Cada quinteto de segundos que te regalo funciona como una inyección de morfina que elimina todos mis dolores, una dosis de adrenalina que aumenta todos mis sentidos.

Me deja tambaleando por completo, al punto en que siento que el piso está lejos, y que voy andando por el cielo de los mil colores.

Camino (o vuelo, ya no sé)

Uno

Dos

Tres

Te miro, me mirás. Nos miramos

Cinco segundos que parecen una eternidad.

Es todo lo que aguanto.

Me deja tambaleando por completo, al punto en que siento que el piso está lejos, y que voy andando por el cielo de los mil colores.

Camino (o vuelo, ya no sé)

Uno

Dos

Tres

Te miro, me mirás. Nos miramos

Cinco segundos que parecen una eternidad.

Es todo lo que aguanto.

Vuelvo la vista al suelo (o al cielo)

Todo es magia en ese micro instante. Mi mundo parece acelerarse y al mismo tiempo ponerse en pausa

El temblor de mis piernas repercute en los huecos de mi ser, en rincones tan recónditos que, estoy segura, que no todos son tangibles o visibles.

Ya no controlo el corazón, ni las piernas temblorosas, ni las manos sudorosas.

Camino (quizás corro, o no me muevo)

Uno

Do

Tre

Uno. Dos. Tres

UNODOSTRE

Te miro, me miras. Nos miramos

Nos miramo

Te miro, me miras. Me miras

No lo soporto.

Cinco segundos que seguro fueron tres (minutos, horas, días... ya no se)

Vuelvo la vista al piso.

Ya no lo veo

Ya no sé ni cómo me muevo

Uno

Dos

Tres

UNODOSTRESTRESTRES

Me mirás. Me estabas mirando.

No dejaste de mirarme ni un segundo desde hace más de 20 (minutos, horas, días... ya no se)

Mi boca parece querer decir algo, pero por alguna extraña razón no puedo, así que te miro.

Me mirás

Nos miramos.

Uno

Dos

Tres...

Cinco

Y sé que puedo seguir contando.

Es en ese instante, cuando agradezco no haber dicho nada que arruine esos 5 segundos de silencio, donde solo se respira el amor que todavía no nos supimos declarar.

LA GENTE PIENSA QUE SOY

Después de que me diagnosticaron cáncer, **la gente piensa que soy** increíble e invencible por cómo le hice frente a la situación. Me cuesta mucho amigarme con esos conceptos. Y no lo digo desde una falsa humildad, lo digo porque yo jamás me vi así.

Siempre supe que era fuerte y se lo atribuí a ser “escorpiana”, porque justificar las cosas en los astros a veces nos exime de hacernos cargo de la parte que nos toca, pero **creo** que nadie es consciente de cuán fuerte **es** hasta que DE VERDAD tiene que serlo.

Lo digo seguido porque la gente insiste en referirse a mí con términos como “guerrera” y cuando lo hacen a mí se me viene a la cabeza Mulán, y yo no me parezco a Mulán. O “leona” y a mí se me representa Carmen Barbieri, y tampoco considero que me parezca a Carmen. Pero, la verdad es que tengo algo en común con ellas: a todas, cuando nos tocó “ponernos los pantalones” (qué expresión horrible, ¿no?... deberíamos pensar en cambiarla), lo hicimos (en realidad solo Mulán lo hizo literalmente).

De las 3, la única “guerrera” es Mulán, pero no lo era... la tuvieron que poner en jaque para serlo. La única “Leona” es Carmen, pero no lo era... Se ganó el apodo porque como tal, protegió a su familia, igual que Mufasa con Simba. De las 3, yo no soy ninguna de las dos cosas. **Pero la gente piensa que soy...**

Entonces, ¿qué soy? Cuando, me agarré COVID, un amigo me dijo “*Sos como el ave fénix, cuando la vida te tira a matar, vos te volvés cenizas y resurgís más colorida*”. Y esa idea no me disgustó tanto. No es que me sienta cómoda en ese lugar, pero se acerca un poco más a mi idea de que NADIE sabe CUÁN fuerte es hasta que le toca serlo.

La gente piensa que soy fuerte e invencible, pero solo soy una mujer con carácter fuerte a la que no le gusta la Coca Cola y que a sus 30 no entiende cuando hablan de Han-Solo o Yoda porque no vio Star Wars. Pero la gente no piensa eso de mí porque “¿Cómo que no viste Star Wars?”, “¿Cómo no te va a gustar la Coca?”. Y no, no me gusta y hasta hace poco, tampoco me gustaba la calabaza. Y así y todo, piensan que soy increíble e invencible.

La realidad es que solo soy una chica que puede parecer invencible e increíble, pero existo y, de vez en cuando, me vencen y me hago cenizas. Solo que, cuando eso pasa, me paro frente a ellas y me reconstruyo, como mi propia artesana.

La gente piensa que soy muchas cosas que no soy y, en conclusión y parafraseando a Julia en Notting Hill: “*Solo soy una chica, parada frente al mundo, pidiéndole que la amen*”.

LA 9 DE JULIO

Siempre que cruzo la 9 de Julio te busco en la primera fila de autos detenidos en el semáforo.

Miro con suma atención la cara de cada uno de los conductores esperando reconocer la tuya en uno de ellos.

Miro porque, a pesar de que me aterre, quisiera encontrarte en alguno de esos autos; aunque si eso ocurriera, no sé qué haría. Porque el tiempo del semáforo es mezquino y dudo que me alcance para correr a golpearte la ventanilla y fundirme en el abrazo que deseo.

Pero igual te busco, con la esperanza de que me reconozcas a pesar del paso del tiempo.

Te busco para terminar con aquel miedo que tenías de cruzarme por la 9 de Julio y no reconocerme. Te busco para que veas que mis ojos siguen iguales, que sigo siendo la misma, y que por eso me podés encontrar en la 9 de Julio.

Lo curioso es que te busco sólo en la 9 de Julio, en el semáforo del Obelisco, como si fuera el único lugar donde puedo encontrarte. Quizás porque con la cantidad de gente que la transita hay más probabilidades de que pases por ahí, y quizás, por iguales motivos, es menos posible que yo logre verte.

O, quizás, sea porque fue el último lugar en que realmente te vi.

Quizás, me escudo en esa ecuación que da como resultado un encuentro casi inimaginable, para no desesperarme por estar buscándote en la 9 de Julio hace tanto tiempo y no haberte podido encontrar jamás.

QUIZÁS DEBERÍA HABER EMPEZADO POR ACÁ

Quizás debería haber empezado por acá, por pasar en limpio lo que realmente eras y me hiciste sentir. Por ser sincera conmigo. Porque es mentira. Es mentira que no lo sabía, que no *lo sentía*. Es mentira que no me hubiera pasado por la cabeza la idea de que sucediera. Es mentira que no lo podía explicar. Siempre supe. Siempre pude. Pero no quería. Exponerlo era volverlo real y ni el mundo, ni vos ni yo no, estábamos listos para que lo fuera.

A veces las cosas solo pueden suceder cabeza adentro, corazón adentro, cuadernos adentro. A veces las cosas no tienen lugar en otro lado. Y yo sentía eso, que lo nuestro no tenía lugar en el mundo real pero, así y todo, necesitaba un lugar. Lo nuestro nos necesitaba y nosotros necesitábamos lo nuestro. Fue tan necesario que de esa forma particular nos lo regalamos, y eso quizás habla de nuestra valentía.

Quizás debería haber empezado por acá, por decir que vos, que tenías todo para perder y nada para ganar te animaste a *Nuestra historia* mucho más que yo creando para ella un escenario perfecto. Le diste vida a *Nuestra historia* que no fue, no es ni va a ser en el mundo real, pero que fue, es y va a ser siempre en *Nuestro* mundo. Un mundo cuya avenida principal es la 9 de julio. Donde en el cruce con Avenida Corrientes vos me esperás arriba del auto, donde me buscás y me dejás. Dónde estás. Dónde estoy. En esa esquina donde *Nuestra historia* que no es, se vuelve realidad.

Quizás debería haber empezado por acá. Confesando que fue tu falta de respeto lo que hizo la diferencia desde el día uno. ¿Cómo no se me ocurrió que podías llegar a desacomodarme las bases y la vida? ¿Cómo no me di cuenta que ya lo estabas haciendo? ¿Cómo no se me ocurrió que podías ser capaz de todo?

De haber empezado por acá, quizás nos hubiésemos ahorrado muchas cosas. Pero no, no empecé por acá, empecé por justificar ante vos el hecho de haberme sentado a escribirte un sin fin de palabras casi sin conocerte, usándote como depósito de mis historias impronunciables.

Quizás, debería haber empezado por acá, por contarte que la intensidad es algo inherente a mí, tanto que, aún sin amor de amar, yo necesitaba que supieras cuánto deseaba que el cruce de la 9 de julio y Av. Corrientes fuera nuestra esquina para siempre. Que después de mucho tiempo, sentía un lugar de pertenencia con una parte de la ciudad que me abrigaba a diario pero que por lo general me daba la sensación de estar perdida. Y fue gracias a vos que yo encontré en ella mi ruta.

Que fue esa vez en la que me dijiste que tenías miedo de cruzarme por ahí y no reconocirme la que me hizo sentir que esa esquina tenía que ser nuestra y que yo iba a pertenecer a ella siempre. Yo estaba tan perdida que, hasta ese entonces, no me aterrorizaba pasar desapercibida por la vida ni vivir en el anonimato, no me aterraba no tener un lugar en la ciudad, pero ese día me desbloqueaste un nuevo miedo: el miedo de no saber dónde quedaba mi kilómetro cero, el miedo a pasar desapercibida por mi vida, o por la tuya, y eso sí que no lo quería.

Quizás debería haber empezado por acá pero en ese momento no se me figuró. Así que acordamos un encuentro en nuestra esquina y te esperé en el sol del pleno invierno, y elegí no mirarte a los ojos muy a conciencia... Porque es mentira, es mentira que no me di cuenta, es mentira que no sabía... Sabía (y siempre supe) que si lo hacía se esfumaría toda posibilidad de que no te dieras cuenta que, con *Nuestra historia* en el mundo que inventaste, me estabas devolviendo a la realidad. No ibas a tardar mucho en avivarte y entender que estaba eligiendo no amarte porque sabía que iba a salir lastimada. No ibas a demorar en enterarte todo lo que yo sabía y no te decía para que no existiéramos en otro lado que no sea en la 9 de julio. Entonces quizás debería haber empezado por acá, pero no lo hice porque a veces me protejo, ¿sabés?

Quizás debería haber empezado por acá, pero me pareció inoportuno que supieras que demoré con excusas banales nuestro encuentro porque estaba segura que el día que sucediera te ibas a instalar en mi vida para siempre. Así que mejor empecé por simplemente regalarte esas excusas, sin explicarte qué era lo que escondían y por qué te las decía. Sin contarte que mi mente se las pronunciaba a diario para explicarme y convencerme de que era mejor no cruzarse las miradas, que era mejor dejar a la 9 de Julio en paz, siendo solo víctima del tráfico y no de dos locos fortuitos que se encuentran y se esquivan en la calle más transitada de la ciudad, con la ilusión de que no los descubran queriéndose sin razones para hacerlo. Quizás lo de las razones no sea tan así, y nos sobraban motivos pero... quizás debería haber empezado... no, mejor no.

Quizás debería haber empezado por acá... por contarte que te quiero. Que te quise. Que quizás te quiera siempre. Que no sé por qué lo hago, pero lo hago. Que muchas veces sentí culpa por hacerlo... una culpa que se esfumaba cuando sin decirlo, vos también me hacías saber que me querías, que me querés. Porque de los dos, yo era la que decía, de los dos yo soy la que digo, y vos callas, vos callabas. Cada cual atendiendo su juego, que no es el del Don pirulero pero que bien podría haber sido. Debería haber aprendido a callar como vos aprendiste a hablar. Y quizás lo hice y por eso ahora estoy entendiendo que *quizás debería haber empezado por acá*.

Quizás debería haber empezado por acá, haciéndote saber que no me iba a importar lo que hicieras, lo que dijeras o callaras, que no me importaba el juego que quisieras jugar. Que no me importaba porque yo ya tenía decidido que habías estacionado en nuestra esquina para no salir de ahí jamás, o al menos, por un largo tiempo... Porque si lo que hacías ibas a hacerme mucho mal, y mi sistema inmune me iba a proteger del dolor auto-engañándome, convenciéndome a mí misma que nada era lo suficientemente malo para ganarle a todo lo bueno que le habías traído a mi vida. Que, pensándolo objetivamente, no sé si puedo listar todo lo bueno que le trajiste a mi vida, porque no sé si existen hechos concretos... quizás fue un simple quiebre, una nueva oleada o corriente de pensamiento. *Quizás debería haber empezado por acá*.

Quizás debería haber empezado por acá, por amigarme con esa idea... Con esa sensación primitiva e inicial que se esbozó el día que apareciste sabiendo que si entrabas, no ibas a salir. Con la certeza de que, si te dejaba entrar, muy probablemente no iba a poder sacarte nunca. O quizás debería haber sido más sincera conmigo y asumir que algún día iba a tener que perdonarme de antemano por todas las veces que elegiría perdonarte a vos, incluso sin que me pidieras perdón.

Quizás debería haber empezado por acá, pero no lo hice, empecé por donde empecé. Empezamos donde empezamos y ahora estamos donde estamos, que no es poco, pero tampoco sé si es suficiente. Pero es mentira. Porque sí lo sé: no lo es. Es tan insuficiente que todavía busco excusas para pensarte a través de mis palabras, para usarlas dedicándotelas, para aplicarlas a nuestros espacios y nuestras historias. Es tan insuficiente, que uso las palabras para llenar el vacío que me queda todas esas veces en las que cruzo la 9 de Julio sin encontrarte en nuestra esquina, o aquellas en las que te perdono por cosas que siquiera vos sabes qué hiciste. Es tan insuficiente, que las uso hasta para cuestionarme por qué desperdicié tantas veces las palabras en excusas cuando bien sabía y supe siempre que, *quizás, debería haber empezado por acá.*

LA MUERTE ESTÁ EN LAS MANOS

La muerte está en las manos del espectador que no las *golpea* entre sí, al terminar una obra de teatro.

...

La muerte está en las manos de un pintor que no se las ensucia mientras descarga *acuarelas* dando forma a un colibrí.

...

La muerte está en las manos del jardinero que esquiva las espinas en las rosas, pero acaricia a los *cactus* con su llanto, ahogándolos.

...

La muerte está en las manos de esa madre que no "*empuja más fuerte*" la hamaca de su hijo cuando lo lleva a jugar a la plaza.

...

La muerte está en las manos.

Y lo confirma el médico que declara tu muerte mientras te cierra los párpados con las suyas.

...

La muerte está en las manos del escritor que calla todo eso que quiere decir.

...

Pero la vida está en las manos de aquel que escribió todo lo que prefirió callar y con ello inmortalizar:

El ruido de las *rosas* y el perfume de los *colibríes*;

El silencio de los *aplausos* y la oscuridad de las *acuarelas*;

La humedad de los *cactus*, y la fortaleza de las manos que se *clavaron* suavemente en tu espalda, cada vez que te tuviste que hamacar.

VIAJE AL CENTRO DE NUESTRO CORAZÓN



Foto: Camila Godoy

Todos los años lo mismo.

Enero.

Calor.

Los bolsos listos.

El remis que encargamos la noche anterior pasa por casa a buscarnos para llevarnos hasta la esquina de Las Flores y Av. Mitre; donde siempre esperamos el micro.

Llegamos, como siempre, media hora antes.

Desde que era esa nena de cinco años que odio esperar. Al día de hoy sigue siendo igual, aunque aprendí a hacerlo porque cuando crecés la vida no te da muchas otras alternativas más que aprender a esperar y ser paciente.

Reflexionando, quizás pueda responsabilizar por mi falta de paciencia al exceso de puntualidad y organización en mi familia. Pero no estoy acá para encontrar culpables.

Bajamos en la esquina todos los bolsos. Bah... Los tres bolsos. Siempre eran tres. Uno para ustedes, uno para mí, y uno con los juguetes y las cosas que había que llevar a *la casita*. Siempre tres. Como nosotros hasta ese entonces. El de la ropa de ustedes yo lo usaba para sentarme, mientras veía como otras familias, además de sus mega valijas modernas, llevaban tablas de barrenar y sus sombrillas y reposeras. Los otros nenes se portaban mal y los padres no sabían bien cómo controlarlos. Yo, en cambio, me sentaba sobre el bolso y te preguntaba cuánto faltaba para irnos. Vos esquivabas la respuesta, y siempre inventabas algún juego didáctico para pasar el rato como, por ejemplo, que te contara a dónde iba cada micro que paraba en la esquina. De esa forma te asegurabas dos cosas: 1- que estaba entretenida haciendo algo y 2- que sabía leer.

A veces me aburría y pensaba en por qué no había traído todos los juguetes que yo quería... Vos me decías que no nos dejaban llevar más de un bulto por persona y con eso me convencías de no llenar el bolso *“extra”* con mi colección de muñecas. Así que yo me entregaba por completo a la espera del micro, jugando a lo que vos proponías hasta que llegara el nuestro... diría que porque no tenía más remedio, pero en realidad un poco me gustaba.

Cuando el Rápido o el Plusmar a San Clemente frenaba en la esquina, yo no sé quién de los dos estaba más feliz. (En realidad sí lo sé: vos). La abuela era la encargada de darle los bolsos al copiloto para que los acomode en la bodega y siempre les aclaraba: *“ponelos adelante, porque nos bajamos en el primer pueblito”*. Cuando se aseguraba de que lo hubieran hecho, nos daba nuestros pasajes, y vos y yo subíamos primero, no sin antes saludar al chofer, al que le sacabas charla como si lo conocieras de toda la vida. Yo sabía que no, pero me gustaba ser la nieta del hombre que tenía buena onda con ellos porque por lo general venían a conversar con nosotros durante el viaje y hacían que el tiempo se pasara más rápido.

Siempre me hacías buscar a mí los asientos, asegurándote así de dos cosas: 1- que estaba entretenida haciendo algo y 2- que sabía contar.

Cuando los encontraba, yo me acomodaba del lado de la ventana y vos al lado mío. Abríamos las cortinas y esperábamos a que el micro arranque para saludar a quien sea... ¡como si abajo hubiera alguien despidiéndonos! Y la realidad es que por lo general no lo había, porque a ustedes siempre les gustó viajar por la mañana, y mamá y papá trabajaban a esa hora...Es por eso que solíamos ir a tomar el micro en un remis, pero igual nosotros les regalábamos nuestro ademán a las personas que estaban todavía en la esquina despidiendo a otras familias o esperando otros micros.

El vehículo encendía sus motores y la aventura arrancaba. La abuela y vos charlaban un poco mientras yo hojeaba algún cuento que llevaba en mi mochilita. Los primeros minutos del viaje, mientras el paisaje todavía era la barbarie de la ciudad, no solían ser los más complicados. Siempre había algún comentario para hacer, personas a las que observar, autos lindos (o no tanto) sobre los que charlar. Y hasta el cruce el micro iba frenando, invitando a la gente a subirse como si fuera un colectivo de línea. Era una hora, de las cuatro totales que duraba el viaje, que a mí se me iba volando.

Dormir no era opción. Yo lo intentaba, pero muy pocas veces lo conseguía, así que cuando llegábamos a “*La Rotonda de Alpargatas*”, la cosa empezaba a ponerse tediosa.

Campo.

Campo.

Vacas.

Campo.

Todo igual, todo lo mismo.

Vos insistías para que duerma un poco pero no... no había caso. Casi nunca había caso. Así que la abuela se resignaba, preparaba el mate, sacaba las galletitas, y empezaba a cebar.

Con *Chucker* para vos. Y amargo para mí. Una galletita de salvado para vos, y una Okebon o una Maná de vainilla para mí. Y así pasábamos otro rato, desayunando arriba del micro que nos llevaba a nuestro *paraíso*.

Pero el campo se volvía cada vez más repetitivo, así que ahí es donde desplegabas todas tus armas y empezabas a contarme ese *cuento-juego* que me hacía ejercitar la memoria mientras lograbas que se me pasen las horas.

Siempre me contaste cuentos que inventabas. Siempre lo hacías a la hora de la siesta para ver si tenían la suerte de hacerme dormir. Se ve que ya, desde chiquita, era problema el temita de dormir pero con tus cuentos, la magia solía suceder...

Por lo general me preguntabas a mí qué cuento quería escuchar y yo siempre elegía: el de *chatrán*, el de *los conejitos* y el del viaje a *San Clemente*, que tenía dos variantes según la ruta que eligiéramos tomar. Algo así como los libros de *Elige tu propia aventura* pero *ao vivo* y sin guión. Cuando viajábamos, obviamente, el elegido para empezar era el del viaje. Y vos arrancabas a contarlo desde donde sea que estuviéramos en ese momento. “Recién pasamos la Rotototonda deeeee...” y dejabas un tiempo en el aire para que yo te dé la respuesta “¡Alpargatas!” gritaba. A los cinco todavía no sabía manejar, pero si me tiraban en el medio de la ruta yo iba a poder indicar perfectamente todos y cada uno de los pueblitos por los que debía pasar el micro antes de llegar a nuestra casita.

Mi parte favorita del viaje llegaba a la altura del Río Salado, por dos cosas: 1- porque estábamos llegando a la mitad del viaje y yo había estado entretenida haciendo algo, y 2- porque me preguntabas a mí qué pasaba en el río y yo, emulando tu “gallego”, ese “gallego” en el que me hablaste desde que soy chiquita, te decía “están os barquiños pescando”. Y por lo general después de eso cantábamos o recitábamos juntos alguna que otra estrofa gallega que vos me invitabas a completar:

-Paxariño, cando chove-

-Pon o rabo na silveira- decía yo

-Así fai a boa moza..

-Cando non ten quen a queira-

Y me aplaudías sin vergüenza, como si hubiera aprobado un examen internacional de inglés. Jamás rendí un examen internacional de inglés, pero ¿cuántas nenas de 5 sabían “*falar galego como eu*”, sin vivir en Galicia...? Y ese es mi First Certificate más importante, porque estaba validado por la universidad del MEJOR ABUELO DEL MUNDO.

Ese que nos llevó de viaje a su pueblo, Camariñas, y nos metió en los restos y escombros de lo que era la casita donde su mamá lo había criado y, con una emoción desbordante *falando o galego máis cerrado que eu ouvín na miña vida*, nos contó MUY CLARAMENTE a mí y a mi hermana, la anécdota más graciosa de su infancia.

Sin dudas, esto de contar, lo heredé de vos.

En fin, retomo... Entre tus cuentos y mis lecciones de gallego se nos pasaban los kilómetros hasta llegar al peaje. Y eso solo significaba dos cosas: 1- el campo iba a dejar de ser campo en menos de nada y yo habría estado entretenida haciendo algo durante todo el viaje y 2- empezaba el juego de buscar en el horizonte al Faro San Antonio.

Cuando el faro aparecía, Galicia, los cuentos y las Maná no importaban porque HABÍAMOS LLEGADO.

Una vez entrados en el pueblo todo pasaba rápido. Yo miraba si la gente tenía puesta una camperita o un buzo y así deducía si el clima estaba para ir a la playa o no. Aunque no lo estuviera, yo siempre decía que sí y sabía que si la abuela tenía frío para llevarme, vos igual ibas a ir a pescar a la tardecita y que, si me abrigaba, me ibas a dejar acompañarte.

Cuando llegábamos a la casita, te dejaba un rato tranquilo porque tenías que conectar los “tapones de la luz”. Nunca entendí bien qué eran *los tapones*, pero vos agarrabas unas pinzas, ibas a la caja de electricidad del frente y me pedías que me quede adentro de la casita y te avise cuando se encendieran las lamparitas, asegurándote así de dos cosas: 1- que estaba entretenida haciendo algo y 2- que había luz.

Después de que nos aseguráramos la electricidad, vos ibas a abrir las puertas del fondo y encendías el motor para bombear agua, guardabas las herramientas en el cajón y preparabas las cosas para irte a pescar más tarde, mientras me pedías que te avise si rebalsaba el tanque.

Almorzábamos algo de la rotisería de la esquina, por lo general eran pizzas o empanadas (las mejores del mundo mundial). Por esas épocas en las que todavía íbamos de vacaciones en micro, el día de llegada y el último día eran los únicos dos en que nos dábamos ese lujo.



Foto: Camila Godoy

Después prendías tu “radio negra con botón rojo” y acomodabas la antena para sintonizar el programa de Galicia. Sí. No sé y nunca entendí como en San Clemente del Tuyú, Buenos Aires, Argentina, vos sintonizabas un programa que hablara de tu pueblo. Pero lo hacías, doy fe, y nos íbamos los tres a dormir la siesta escuchando la radio. En realidad, dormían ustedes, yo solo esperaba a que lleguen las cuatro y baje un poco el sol para que la abuela me llevara a la playa y arrancar así oficialmente nuestras vacaciones.

Era tal el trajín del primer día que llegaba la noche y yo solo quería dormir, no sin antes preguntarte si al día siguiente ibas a ir a pescar. Tu respuesta siempre era la misma *“Si no llueve, sí, y hoy había muchas estrellas en el cielo, así que no creo que llueva.”* No sé si eso es verdad o no, digo, no sé si que haya estrellas en el cielo es síntoma de que al día siguiente el día iba a estar lindo, pero servía para que yo me vaya a dormir sin mucho espanto y conformándome con que sólo me cuentes UNO de los cuentos de tu antología; porque si vos ibas a pescar significaba que la abuela me iba a venir a despertar temprano para que vayamos caminando por la playa a llevarte el mate con las facturas.

Y así era. 7 AM, los días de sol, Carmen me despertaba levantando la persiana de mi habitación, dejando que el sol me diera de lleno en la cara. Después de lavarme los dientes, agarrar mi palita roja y mi baldecito, y por supuesto, el mate, emprendíamos viaje a la panadería de la vuelta, comprábamos tus medialunas preferidas (las de grasa), las preferidas de la abuela (de manteca) y mis dos vigilantes. Por la calle del costado, cruzando el médano de nuestra queridísima “playa de la 50” nos acercábamos a la orilla e iniciábamos la caminata en dirección hacia donde sabíamos que estabas: esa playita alejada del lado izquierdo, a la que vos apodaste *“A pota”* o *“La Olla”*. Una playita que no tiene cartel, ni balneario, pero sí MUCHOS CARACOLES (que yo me dedicaba a juntar) y muchas borriquetas (que a vos te gustaba pescar).

Y allá a lo lejos, con mi baldecito rojo y azul lleno de conchillas te veía sentado con tu gorra sobre tu SEÑOR BALDE blanco con tapa, vigilando si la caña hacía o no algún movimiento que te avisara que algo había picado. Cuando me acercaba, antes de preguntártelo, miraba el balde y por el color que se traslucía podía saber si ese mediodía se comía pescado o no. Cuando yo tenía cinco, se ve que todavía había muchos peces en el mar porque SIEMPRE tenías el balde lleno, o a lo sumo por la mitad.

En esas horas infinitas que compartíamos en la playa por la mañana, me enseñaste que la luna era la que controlaba la marea, que si a la mañana subía, a la tarde bajaba y que eso cambiaba con los “ciclos”. Que si había muchas olas o viento, lo más probable es que no hubiera pesca, pero cuando las gaviotas volaban cerca del agua significaba que sí; que si me acercaba los caracoles grandes a la oreja, podía escuchar el mar. Que cuando en la orilla la arena tiene agujeritos y se hacen “globitos” es porque hay almejas, y que no había que desenterrarlas porque alguien te había contado que se estaban extinguiendo.

Yo te creía todo, excepto esto último porque cuando yo tenía cinco si hay algo que les sobra a las orillas del mar en San Clemente eran Caracoles GIGANTES Y ALMEJAS. Pero tiempo después tuve que aprender a escuchar el mar con aquellos que una vez encontramos cuando yo tenía bastante menos de cinco. También desaparecieron los agujeritos en la orilla del agua por mucho tiempo y a partir de ese año y, por muchos más, nadie volvió a comer almejas.

Cuando se hacían las diez y la gente ya empezaba a llegar con sus sombrillas y heladeritas para pasar el día en tu playa ya no tan secreta, vos sacabas tu caña del mar, la atravesabas en la manija del balde, y te la ponías al hombro mientras emprendíamos la vuelta a casa.

Si habías pescado, la abuela y yo lavábamos los peixes y les sacábamos las escamas. En ese entonces, lejos de darme asco, me llenaba de felicidad y hoy quizás sienta un poco de culpa por eso.... pero no estoy hablando de mí, sino de vos, y de tu nieta, la de cinco años que, en algún lugar de esta mujer de 30, todavía habita aunque más no sea para recordar.

La rutina se repetía:

Almuerzo.

Siesta con radio.

Playa con la abuela.

Algunas tardecitas vos ibas a pescar a la playa “De la 50” y yo te acompañaba.

Otras, nos parábamos en el patio y hablábamos con Don Atilio a través de la pared del fondo. Yo te acompañaba porque Doña Cuca me prestaba sus collares de perlas de plástico para que los luciera y si estaba su nieta Carola, me invitaba a pasear en su Jeep.

Otros días preferías quedarte viendo el noticiero de la repetidora de Canal 8 de Mar del Plata... Y todo muy lindo con la pesca y la información, pero esa nena de cinco quería ir a la plaza y a los jueguitos, o a pasear en el jeep de la nieta de sus vecinos, así que la abuela tomaba la posta y me llevaba al centro hasta la hora de comer.

Cenábamos.

Te hacía la pregunta sobre el clima.

Cuento.

Dormir.

Despertarse a las siete...

Y así, lo que duraran las vacaciones.

Jamás sentí aburrimiento en nuestra casita. No lo permitías, ni siquiera en los días de frío porque los usabas para enseñarme a jugar al dominó o a las damas. Tampoco los días de lluvia, porque me sacabas al jardín a buscar al Sapo Pepe y sus hijitos. Quizás sea por culpa de las veces en que encontrábamos a los hijitos de Pepe y me invitabas a agarrarlos, que yo no le tengo NADA de miedo a los sapos, aún siendo hija de una persona que se paraliza cuando los ve.

Aunque pasara enero con vos y la abuela y febrero con mis papás en el mismo lugar, el encanto no era igual. Y no porque me aburriera con ellos, sino porque en TODO lo que hacíamos no estaba el abuelo, y la vida sin el abuelo, para esa nena de cinco años, no tenía sentido. Cada lugar al que iba con mis papás tenía una historia detrás con vos.

Con vos o con ellos, nuestra casita nos dio años de felicidad, solo que últimamente, “La playa de la 50” se volvió mucho más concurrida y ahora tiene un balneario donde pasan música y hacen unas papitas super ricas para los que se quedan en las carpas.

Sí, también eso, ahora hay carpas que se roban MUCHOS de los metros infinitos que tenía nuestra playa favorita.

Nuestra playa favorita ya no está tan desértica. En temporada alta, cada vez es más la gente que se acerca con sus reposeras, lonas y sombrillas a amontonarse unos con los otros cerca de la orilla. Porque la playa ya no es tan desértica, pero sigue gozando de muchos metros de planicie en comparación con otras.

El balneario, por suerte, tiene ahora un caminito de madera que facilita el cruce del médano. Ese al que nos subíamos y por el que caminábamos sin ningún problema pero, que de un tiempo a esta parte, de no existir el caminito, hubiera imposibilitado el acceso a nuestro lugar favorito.



Foto: Camila Godoy

El año pasado con la pandemia y todo lo que “nos pasó”, fue el primero de MUCHOS en los que ni vos ni yo fuimos (ni juntos ni separados) a nuestro lugar favorito. Y se sintió el vacío. Cada callecita, cada juego de la plaza. Todo en ese pequeño pueblo que me vio crecer, tiene una historia detrás con vos. Cada metro cuadrado de la casita de la calle 50 y la 43 tiene tu nombre, y no porque sus paredes las hayas levantado vos con tus propias manos, sino porque esa casa es tu esencia. Esa casa sos vos.

Hoy, mientras vos estás tomando mates con la abuela en TU CASA, y la mujer de 30 que soy escribe esto en el piso de arriba; la nena de cinco años que supo ser tu primera nieta y que todavía me habita, espera con mucha ilusión que la vida la premie con la suerte de que en un futuro no muy lejano, un remis nos vuelva a buscar por casa, cargue los tres bolsos en su baúl y nos deje en la esquina de Av. Mitre y Las Flores para tomarnos un micro juntos y emprender el viaje al centro de nuestro corazón.

-A mi abuelo Enrique, con todo mi amor.

UNA PALABRA

Pongo una pausa ficticia en el tiempo creándome la ilusión de que tengo el poder de detenerlo mientras analizo hacia dónde ir, mientras me sucumben los huesos tratando de encontrar el camino correcto.

No veo puentes.

No veo senderos marcados.

Mucho menos veo pavimento.

Todo parece selva en ese limbo que me invento mientras busco una palabra para explicar cómo me siento. El camino seguro parece un mito, mirando al frente y atrás, el mundo me parece peligrosamente infinito.

Infinito y particular como la creencia que tengo de que puedo embotellar el tiempo entre mis manos mientras me enojo con el diccionario porque no tiene una palabra que defina mi desconcierto.

Así que tambaleo. Así que me convierto en un manojo de excusas que me sirven de soporte para suspenderme, mientras pienso cómo nombrar a este momento en que me doy cuenta que mi tiempo bajo este comfortable árbol se agotó.

Y me quedo enganchada en una trampa para dos, mientras recapitulo todas las palabras que conozco pensando con fuerza en alguna que se asemeje a esta agonía de perderse en el tiempo por miedo a retroceder y aún más, a avanzar.

Es que, por más agobiante que parezca el subibaja, al menos hay un punto medio y conocido que me da tranquilidad y confort. Tranquilidad y confort que estando abajo agradezco y estando arriba aborrezco.

Ojalá algún día inventen una palabra, la palabra, esa palabra... todo sería más fácil si existiera un término lo suficientemente vasto para definir cómo me siento cuando me hago mosca entre el ayer y el mañana.

Una palabra que describa el preciso instante en que me tiento a seguir tus pasos hacia el confort de la sombra de otro frondoso árbol y lucho por no hacerlo, superando el miedo que me da treparme hacia su copa, en busca del sol, mientras te dejo ir.

CARTA PARA EL OLVIDO

(Cuando escribí esto, las palabras salieron de una forma mucho más cruda de las que terminé por plasmar en las próximas líneas. Nunca pensé en publicarlo, pero supongo que como todo lo que dolió y sanó, o todo lo que se rompió y dejó una marca, puede resultar inspiración y como tal, merece su lugar en el mundo de las palabras que sí doy a conocer, porque ya no son mías, sino que son del arte del hermoso oficio de escribir.)

Anoche, cuando todos se durmieron, lloré mucho. Un buen rato. Lloré como hacía rato no lloraba.

Últimamente, ando adormecida.

Le echo la culpa al exceso de anticuerpos que me inyecté cuando nos separamos.

Desde ese entonces, nada me dolió tanto como para llorar como lloré anoche.

Lloré desde las entrañas, con congoja, con esa angustia con la que lloran los bebés cuando les sacan el chupete. Lloré porque me sentí vacía de “algo” que me hiciera llorar.

Estoy anestesiada.

Ya no me permito sentir como sentía cuando me sentía con vos. Lo intento, pero no puedo.

No me abro al mundo de la misma manera, ni me entrego a nadie con la misma inocencia e inconsciencia que tenía esa adolescente que fui.

Porque ya no soy la adolescente que fui pero, igual, aún adolezco de algunas cosas.

Estos años no pude permitirme desarmarme como anoche.

Estos años ocupé cada minuto de mi tiempo en devolverle a mi cuerpo y corazón todo el amor que había depositado en vos y que, en consecuencia, yo no me tenía.

Y lo logré.

Me encontré colmada de amor. Repleta. Tan llena que desbordo...

Pero no quiero desbordar, así que lo escondo. Lo guardo en una especie de cuenta corriente para que genere más caudal mientras se queda ahí, quieto, estático.

Lo que sobra, lo voy depositando en otras cuentas. Lo invierto en otros negocios que, por lo general, no me benefician. Y no me sorprende, tampoco puedo decir que el capital que yo aporto sea de gran valor. A nadie le gustan las sobras.

Ayer, mientras lloraba, me dio mucho miedo preguntarme ¿por qué?, así que no lo hice pero, aún así, lo sé.

Lo sé porque logré calmarme cuando de pronto me acordé de la última vez que te vi. Esa vez lloramos ambos, porque ambos sabíamos que no podíamos seguir así, que definitivamente sería la última vez que íbamos a tenernos uno frente al otro.

Esa noche frené el auto y nos despedimos.

Me abrazaste. Y me dolió todo, pero dolió mucho menos que si no lo hubieras hecho.

Todo dolía menos cuando me abrazabas.

Desde que ya no me abrazás, escribo para evitar que las cosas me duelan. Te escribo para evitar que me duelas. Escribo para evitar preguntarme si siempre voy a tener miedo de soltarte por completo. Si siempre van a ser tus abrazos los únicos capaces de hacer que todo deje de doler.

Porque, a esta altura, yo no puedo dejar de sentir que ya está, pero tampoco logro convencerme de que existan en el mundo otros brazos que me den la paz que sentía en los tuyos.

Siempre elijo creer que sí. Y así voy...

Pero anoche lloré y no quería otra cosa más que estar en mi auto aquella noche en que lo frené, me despedí y lloré abrazada a vos.

Quizás sea por eso que guardo mi amor bajo llave. Porque si alguien lo malgasta y me hace sufrir, no creo que pueda ayudarme a no sentir dolor con su abrazo. No confío. No sé si alguien más puede ser mi hacha y mi curita al mismo tiempo.

Anoche lloré porque entendí que ya no te necesito. Perderte me hizo encontrarme a mí, y con eso basta.

Pero aunque no lo necesite, igual lo quiero; y eso es peor. Aunque conmigo baste, no me dan los brazos para abrazarme a mí misma y que todo deje de doler.

Sentirme así, hace que de vez en cuando me castigue por mirar para atrás. Pero anoche no me importó y pude sentir sin culpa tu vacío en todos los rincones de mi cuerpo. Anoche no me castigué por eso. Porque no estoy mirando atrás. Porque entendí que la que te extraña no es la mujer de hoy, sino la adolescente de ayer.

No me castigué porque me perdoné.

Porque te perdoné.

Me aprendí a querer y a quererte de otra forma.

Me hice consciente de mi valor, y del tuyo.

Me conocí.

Aprendí a decirte la verdad sin miedo y ser fuerte.

Aprendí que conmigo basta

Que conmigo sobra.

Pero que baste y sobre no significa que sea suficiente. O que sea lo que quiero.

Y que no sea lo que quiero no significa que sepa lo que quiero. Y no sé si lo voy a saber alguna vez.

Pero me conformo con saber que ayer quería tus abrazos. Y que ayer y muchos ayeres atrás te extrañé.

Que hoy mientras escribo esto te extraño.

Que es posible que mañana, y algunos mañanas más, también lo haga.

Que eso me da miedo y me vuelve vulnerable pero fuerte a la vez.

Anoche lloré mucho por eso.

Porque sentí el impulso de ir hacia donde sea que estuvieras a darte ese abrazo que precisabas, o el que yo quería. Lloré porque ayer estaba en mi casa, pero no me sentía en ella. Porque ayer mi casa estaba donde vos estuvieras.

Y me dolieron los brazos ante la pesada carga de tener que conformarme con rodear la almohada con ellos.

Me duelen los brazos por estar usándolos para escribir esto en un papel, en vez de ponerlos a descansar alrededor tuyo.

EL AMOR DESPUÉS DEL AMOR

Hay pocas personas con más conducta y disciplina que ella. Siempre al lado de quien supo ser su compañero de vida desde 1960. Ese compañero que, años después mientras revolvió papeles, se enteraría que estaba destinado a serlo desde antes de saber de la existencia de ella.

El mismo barco los trasladó de Galicia a Buenos Aires

El mismo barco lo puso a él dónde y cuándo ella necesitó que estuviera.

Él podía responsabilizarse por ambos si se iban a vivir al sur, ya que lo habían contratado de una empresa muy prestigiosa para que forme parte del equipo que iba a construir los gasoductos de casi toda la Argentina... Pero para eso tenían que casarse.

El padre de ella no quería que su hijita se fuera así que, sin más remedio, Enrique se apersonó en la casa de ella, con complicidad de quien sería su cuñado, a sugerirle NO AMABLEMENTE a su futuro suegro que autorice a Carmen a casarse con él.

Lo hizo, y Carmen y Enrique se casaron.

En 1963, tuvieron a su hija María y un año después a su hijo Roberto

En 1990, María y Luis, su novio desde los 16 años, me tuvieron a mí.... Pero esa ya es otra historia.

Yo no estaría acá, ni María y Luis serían quienes son, si Carmen y Enrique no fueran el ejemplo de amor que fueron. Tanto Luis como María trabajaron siempre y fueron ellos quienes nos cuidaron a mí, a mi hermana y a mis primos. Mi ejemplo más grande de feminismo es mi abuela Carmen porque ella lo promulgaba sin saber que así se llamaba, porque es de las mujeres más empoderadas que yo conozco y porque NADA NUNCA me hizo verla desmoronarse.

En medio de la primera parte de la pandemia por COVID, Enrique nos dejó físicamente. Lloré a mi abuelo, como cualquier nieta que se crió con él hubiese llorado. Y solo vi llorar a Carmen el día que fuimos a llevarlo al cementerio...

El resto del tiempo es ELLA quien nos enseña a mantenerlo vivo: en su mirada cuando se hace un "mate de leche", cuando le pone sal a la comida (porque ahora puede), o cuando cuenta alguna anécdota de él y hablamos de su casa en la costa y lo mucho que amaba pasar tiempo ahí con nosotros ahí.

Si hay algo después de morir, en el caso de ellos son las sonrisas y los corazones inflados de todos los que tuvimos la suerte, no solo de conocerlo a Él, sino de verlos juntos amarse, incluso, después del amor.



Ficción



NUESTRA CALLE

Ayer pasé por nuestra calle. Que, en realidad, no es nuestra porque tiene el nombre de un prócer que no sé qué habrá hecho por la patria pero, definitivamente, cuando lo hizo esa calle no existía. Así que, técnicamente, nuestra calle es de él y no tuya o mía.

Pero debió serlo, porque quien la bautizó no la caminó como nosotros, ni se quejó de la basura en la vereda o de los pocitos de la esquina, esos que nos hacían trastabillar cuando salíamos a andar en bici.

Nuestra calle debió realmente ser nuestra porque los negocios que la habitaban los conocíamos de memoria, y ellos a nosotros. Y la gente nos miraba con ese aire familiar que nos hacía sentir en casa incluso estando en la calle. Esa calle que, aunque lleve el apellido de alguien más, fue nuestra.

Pero desde que te fuiste, nuestra calle ya no se ve tan naranja en el atardecer y el sol no refleja con igual fuerza en los vidrios de los edificios. Es tenue, apagada y vacía. Perdió los colores y siempre hace frío.

Desde que no estás, todos los días hay viento y se hacen remolinos violentos que me despeinan, y eso no me gusta, así que evito pasar por ahí.

Desde que esa calle dejó de ser la tuya, el bar de la plaza ya no tiene ese olor a café colombiano que lo hacía identificable a cuerdas de distancia. Los vecinos ya no me saludan. Incluso algunos cambiaron de cara y me empezaron a mirar raro cuando pasaba andando en bici por la esquina de los pocitos y me reía sola recordando las veces que nos caímos justo ahí.

Todo se volvió extraño desde que te fuiste, tanto que ningún sentido tenía que esa calle fuese mía. Así que también me fui, porque si esa calle no es nuestra yo tampoco la quiero.

Pero, de vez en cuando, paso cerca y la observo, y cada vez desconozco más a nuestra calle.

Y cada vez me cuesta menos identificarla con el nombre de ese prócer que debe haber hecho algo por la patria.

Un algo lo suficientemente grande como para que le pongan su nombre a una calle, pero no lo suficientemente mágico como para que su calle sea igual de encantadora que la NUESTRA.

OJOS DE ACEITUNA

Ahí está ella, la chica de las polleras floreadas y la boina lila, de nuevo en la esquina de Córdoba y Balcarce esperándome. ¡Bah! esperando que yo o quien sea que maneje el interno 535 la levante por la parada como todas las mañanas.

Ahí está, moviendo la cabeza y su pelo gris al ritmo de canciones que nunca logro saber cuáles son porque, aunque las escucha fuerte, y el sonido rebalse sus auriculares, son en un idioma que no entiendo. *Debería haber estudiado inglés cuando mi vieja me insistió de más pibe.*

Es extraña, siempre va con las manos cargadas de cosas, aunque lleve una cartera muy grande. Se viste extraño, su pelo es extraño.

Voy frenando a medida que llego a la esquina mientras ella hace ese ademán torpe que suele hacer para hacerme saber que pare. Cuando ya voy llegando, bajo la marcha porque sé que, por lo general, está ahí. Es que viaja en mi colectivo desde hace más de 2 años.

La realidad es que circula mucha gente en esta ciudad, y circula mucha gente en esta línea de colectivos, y circula mucha gente. Yo hago cuatro rondas diarias y sería imposible que retenga el nombre o las caras de todos los que suben, por más educado que intente ser y por más que haya habitués en todos mis viajes. Pero esta chica y su excentricidad me quedaron grabadas casi desde la primera vez que la vi subir al interno. Creo que se toma el colectivo para ir a trabajar, o quizás para ir a estudiar. No parece tener más de 23 años, así que quizás ambas opciones.

Cuando estaciono en la parada, ella sube y me regala su sonrisa inmensa exponiendo sus dientes perfectos. Era su forma de saludarme, y yo se la devolvía gentil y educadamente. Cómo un código de “confianza” sin tal. Tenía la particularidad de que, cuando sonreía, los ojos parecían que se le iban a salir de la órbita. Es que lo que la hacía excéntrica no era su pelo gris, ni la boina lila (*que, por supuesto no tenía puesta esta vez, porque es NOVIEMBRE y estamos en la ciudad más húmeda del país*), ni esas polleras con estampados raros que usaba, sino sus ojos que parecían aceitunas. A veces de carozo chico, a veces de carozo premium, pero siempre aceitunas.

Ese día sube atrás de una chica a la que se le cae la tarjeta. Cargada como estaba, igual se las ingenia para alcanzársela. La chica no se mosquea demasiado en ayudarla ni tampoco le pone mucho énfasis a las gracias que le dio. Me da bronca porque puedo notar que, al menos por un segundo, ella siente alegría por haber ayudado a alguien pese a estar sobrepasada, pero también puedo ver un automático asqueo hacia ella misma por creer que lo que acababa de hacer no merecía ni un gracias susurrado. Igual, hace un tiempo que sus aceitunas no son de tamaño premium y posiblemente eso no tenga nada que ver con esto.

Pero, en algún punto, me gustaría que supiera las cosas que se ven acá arriba, que supiera que lo que ella hace sí es un acto para distinguir. Me gustaría porque quizás hubiera sonreído y convertido sus aceitunas en tamaño premium, en vez de encogerse en sus hombros.

Camina hacia el asiento vacío que está arriba de la rueda derecha, “su asiento”, porque siempre que está libre se sienta ahí, así que un poco le pertenece. Trato de no observarla mucho porque no me parece de esas personas que les guste sentirse observadas.

Se ven tantas cosas acá arriba que uno puede no saber inglés, pero sí aprende a distinguir ciertas actitudes en la gente. Y esta chica no quiere llamar la atención, esta chica esconde. Se esconde. No sé de quién o de qué. Pero se esconde.

Me concentro en manejar hasta que freno en la parada de la plaza. Ahí suelo tardar un rato porque, por lo general, la fila es larga y sube mucha gente.

Cuando miro por el retrovisor, la chica de la boina lila tiene los ojos tamaño ciruelas, pero de color verde. Diría aceitunas premium pero jamás vi aceitunas de ese tamaño, ni tan brillantes, ni tan húmedas. Bueno, las aceitunas no lloran, así que esto último es obvio.

¿Estará así porque la chica no le agradeció lo suficiente? A mí también me parece maleducada, pero no creo que sea como para tanto como para llorar. Bueno, quizás tiene un mal día. O una mala semana, o un mal mes. Porque, de verdad, hace rato que sus ojos se ven chiquitos. Quizás vio algo que no le gustó, pero entre el tumulto de gente que subía en esa esquina no logro distinguir mucho más que unas chicas andando en rollers, una parejita sentada en un banco, y un señor paseando a su perro. Todo esto mientras el ¡pip! de la maquinola de atrás mío no para de sonar mientras el tumulto pasa sus tarjetas.

No me gusta observarla demasiado porque sé, estoy seguro, que no es lo que ella quiere. Además, hoy en día hay que tener cuidado. Si bien esa sonrisa que nos regalamos a modo de buen día es un acto de cierta complicidad, tampoco quiero que piense cualquier cosa. Y hoy las pibas piensan cualquier cosa de cualquiera. Y hacen bien, porque yo puedo no saber mucho inglés, pero acá se ve cada cosa que terminás diciendo que las pibas hacen bien. Pero igual te cuidas porque, aunque digas eso, y no hagas nada para incomodarlas, es mejor mantenerse al margen.

En fin, no me gustaba observarla demasiado, ni a ella ni a nadie, para no incomodarla. Pero hay que bancarse 4 rondas en un bondi atestado de gente, por la ciudad más húmeda del país sin música...

Si ustedes que quizás pasean en mi carruaje 40 minutos les gusta inventarse historias sobre la gente que se les sienta al lado, imagínense a mí, que estoy todo el día acá. Así que, de vez en cuando y con disimulo, tratando de que nadie se incomode, miro por el espejo retrovisor y observo a esos pasajeros que me resultan familiares o que me atraen por alguna razón. Y ya les dije, esta chica es un misterio y definitivamente daría su vida porque yo no estuviera intentando dilucidar lo que le pasa, pero es inevitable. Porque su pelo gris y la boina lila (que hoy no viste) algo esconden.

Ojalá en su casa la traten bien, pienso... Ojalá no se haya peleado con sus amigas o con su novio. Ojalá no se le haya muerto nadie, ni se le haya escapado el perrito. Ojalá no tenga problemas en el trabajo.

Igual es preferible que lllore por alguna de esas cosas y no porque la chica de la tarjeta no le agradeció. Eso me decepcionaría. Bah, tampoco es que me decepcionaría mucho, pero no encajaría para nada con el perfil de la chica de la boina lila que yo tenía en mi cabeza.

Pero ¿qué esconde? Porque algo esconde. ¿Qué la tiene mal hace tanto, que hace que no aparezcan las aceitunas premium más seguido? ¿Qué es lo que la aflige tanto, que cuando aparecen es para derramar salmuera en el asiento de *MI* colectivo? Me gustaría saberlo y me dispongo a imaginarlo hasta que me veo interrumpido por su movimiento al levantarse del asiento y dárselo a un abuelo que había subido en la parada anterior. A diferencia de la piba, el abuelo le agradece, pero esta vez no sonríe, se queda encogida de hombros, con sus aceitunas casi chamuscas, a punto de convertirse en pasas de uva. *¡Hey, piba! Deberías sentirte bien por lo que acabás de hacer. No ibas en los asientos de adelante, tu gesto de verdad no se suele ver.* Me gustaría poder decirle, pero no lo digo porque la sonrisa de buen día no me da la confianza suficiente para hacerlo.

¿Qué esconde? ¿Por qué mira para abajo? ¿De qué se avergüenza? Me vienen un sinfín de preguntas hasta que veo que toca el timbre y me obliga a frenar. Sigue derramando salmuera de las aceitunas, y el reflejo del sol le ilumina el pelo haciendo mucho más notorio su color gris. Antes de bajar, mira al espejo que tengo frente al volante, pero esta vez no sonríe.

Espero no haberla incomodado. La veo alejarse moviendo su cabeza sin boina al ritmo de una canción que seguro es en inglés, porque ella seguro sabe inglés. Yo sigo el recorrido pensando en que quizás mañana, con mucha educación, podría regalarle un simple buen día en vez de quedarme con el vacío de su gris holograma en la imaginación de mi espejo retrovisor.

LAS CAMISAS

Quizás no debería haber dejado las camisas sin planchar.

—Puede ser, a mí no me molestan.

—Gracias.

—Podés quedarte mirando por la ventana un rato más, tampoco me molesta.

—Gracias.... la verdad es que estoy bastante cómodo acá.

—Lo noto. Desde las tres que estás dando vueltas en la cama... Me vendría bien descansar un poco.

—¡Me tienen cansado tus quejas! Sonás igual que ella...

—¡Ay, Gonzalito! ¿Qué nos pasa hoy?, contame.

—Lo de siempre.

—Lo de siempre ya no me sirve como respuesta. ¿Qué te pasa? ¿Nos duele algo?

—El olfato, la nariz, y cada segundo de su perfume que me pierdo.

—¡No te puede doler el olfato, Gonzalo!

—Sí que puede. Cuando me invade el pretérito de su fragancia, el olfato me duele. Cuando me doy cuenta de que se acerca el momento en que ya no lo voy a sentir nunca más, el olfato me duele. Me duele y vos no podés decirme lo que me duele y lo que me deja de doler.

—Bueno, ¡tampoco para que nos pongamos así! Mejor seguí mirando por la ventana.

—A ver si dejás de darme órdenes como si fuera un nene.

—Sos un nene. En cuerpo de grande, pero sos un ne...

—¡Tengo 37 años! y de nene ya no tengo nada... no podés decirme e...

—¡Si yo no puedo decir lo que te duele y lo que te deja de doler, vos no podés decirme lo que puedo decir o dejar de decir! Y yo, ahora, quiero decir que vos sos un nene de 37 años.

—Cuando te ponés así, te volvéis imposible.

—Cuando te ponés así, te volvéis real.

—Cuando te ponés así, me dan ganas de ponerme a planchar las camisas que dejó en la silla.

—Cuando te pones así, yo confirmo que nos tenemos que ir de acá rapidito, dejando las camisas sin planchar.

—¿Qué manía tenés con el desorden?

—¡Ninguna, Gonzalo!, dejar las camisas sin planchar, en este caso no es una cuestión de orden...

—A ver, contame entonces, ¿por qué nos tendríamos que ir dejando las camisas sin planchar?

—Porque, de lo contrario, le estarías dando el gusto, haciendo lo que ella quiere. Como siempre.

—...

—Mirá, cuando se fue estaba cansada de ocupar el espacio de la cama que carga con el pozo de tus destrozos. Dejó las camisas sin planchar para castigarte. Estaba cansada de despertarse a las tres de la mañana todos los días, y verte sentado y cómodo, en esa silla mirando por la ventana, después de no dejarla dormir por pasarte la noche entera pataleando como un nene. Porque tenés 37, pero ¡sos un nene! Te dejó las camisas para que no interrumpas tu rutinilla. Pero se aseguró de que lo hagas extrañando el “pretérito de su perfume”. Estaba cansada, Gonzalo, cansada de pedirte que planches las camisas de la silla, así que les echó un poco de su fragancia y te las dejó así, arrugadas, para que te hagas cargo.

—Y para vos, la solución es irnos y dejar las camisas sin planchar...

—Para mí la solución es dejar las camisas sin planchar. Lo de irnos es cosa tuya. Yo podría quedarme y esperar. Yo podría quedarme... pero vos querés irte. Y siempre hacemos lo que vos querés.

—Yo no quiero, necesito irme.

—Entonces no hay mucho más que charlar. Son las cinco; ya debe estar por volver, así que hay que apurarnos...

—¡Al fin algo en lo que estamos de acuerdo! Pero pará, antes pasame esa, la rosa, y ponela acá, en el medio de los dos, necesito oler su perfume por última vez...

—Pero...

—Q u e m e p a s e s l a c a m i s a ...

Gonzalo colgó la camisa rosa de Martina en el ventanal para poder dejar de ver así su reflejo en él. Esto tenía que hacerlo SOLO. Estampó su nariz contra ella, como si le diera un martillazo, y se entregó al pretérito de su fragancia, con una inhalación tan profunda, que lo dejó sin aire.

¡Crash!

Martina volvió a casa al horario acordado. Al entrar, los cristales en el piso de la habitación le avisaban que, quizás, aunque fue puntual, era tarde y Gonzalo la había dejado para siempre. Su cuerpo sin vida, en la silla frente al ventanal, lo confirmaba.

—*Quizás no debería haber dejado las camisas sin planchar.*

EL TESORO

Recomiendo leer este relato escuchando “El Tesoro” de El mató a un policía motorizado.

No.

Esta no es tu zona de confort. Es la mía. Yo estoy acostumbrado a revolcarme en la mierda. La mierda parece ser mi lugar. El fondo. Lo oscuro. Esos sitios que nadie quiere habitar son en los que más cómodo me siento.

No.

Este no es tu lugar paradisíaco. La playa en la que te solés sentar a ver el atardecer queda muy lejos de este bosque encantado, ensordecedor e infinito, digno de una película de Tim Burton, en el que estoy ahora.

Acá en el fondo del pozo, no cambió nada a cuando habitaba en la superficie. Acá, en el fondo del pozo y al igual que en esos tiempos, paso todo el día pensando en vos mientras me pregunto *¿Qué hay de malo en todo eso? PASO TODO EL DÍA pensando en vos, ¿se entiende?* Y vos, con mucha razón pensás que pierdo el tiempo.

No.

Ya no tengo valor para preguntarte nada. Está todo demasiado oscuro. Todo es demasiado triste y me siento demasiado solo como para tolerar cualquier respuesta que no sea la que quiero.

No.

Mejor no digas nada, porque todo me recuerda a ese día en que todavía habitábamos la misma e infinita ciudad y, de casualidad, nos encontramos en el semáforo de la 9 de Julio donde tuvimos esa charla que lo cambió todo para ambos:

—Perdón si estoy de nuevo acá. Pensé que habías preguntado por mí... —te dije.

—Me gusta estar de nuevo acá. Aunque no hayas preguntado por mí... —contestaste, pensando que de verdad podría molestarme encontrarte en la esquina más esquiva de la ciudad de la furia. ¡Pensando que de verdad podría molestarme encontrarte!

—Voy a quedarme un poco acá (...) —atiné a decirte, con el afán de que sepas que si querías quedarte, eras bienvenida. Con la intención de que sepas que ese lugar era nuestro si vos querías. Con la intención de que sepas... que sepas algo.

Pero vi tu cara. Te noté insegura y temerosa. Y lo noté porque es algo que no te caracteriza. Vos sos valiente, vos no tenés miedo. Pero ese día sí tenías, tenías miedo al fracaso, a que nada de lo que surgiera del asfalto de nuestra calle te hiciera bien, así que me apuré a decirte.

—(...), y cuidarte siempre a vos en la derrota.

Del epicentro de mis miedos salió esa confesión que aún hoy, me pregunto cómo tuve el valor de pronunciar. Lo hice en la esquina más caminada por nosotros, por ellos, por todos. Lo hice a la vista de la muchedumbre ensimismada que transita como robots por una ciudad que no duerme, y quizás fue por eso que no me pareció tan grave... que me sentí escuchado.

Pero fue lo peor que pude haber hecho

No.

Claro que no te quedaste. Y yo me sumergí en un pozo hecho con paredes del color de tu despojo. Me hundí hasta el fondo, porque es desde el fondo que tu brillo se ve más incandescente, se siente más fuerte, se huele luminoso.

No.

No es un lugar muy tentador si te lo cuento así, pero desde acá, al menos te entiendo. Desde acá comprendo por qué tus atardeceres griegos son más lindos que los bosques de las películas de Tim Burton. Entiendo que el contraste hace la diferencia, y que cuando te revolcás en la mierda una vez, todo lo demás se vuelve **un tesoro**.

No.

No puede ser.

Pero es.

Sos.

Sí.

Ahí estás vos. Te veo y me aterra

No.

¡Alejate del borde!- ¡Te vas a caer! y yo no lo podría soportar....

Sí.

Te veo caer. Me siento culpable, y mi cabeza me castiga repitiendo una y otra vez “*El tesoro se está hundiendo...*” Te vi inconsciente. Me vi más en la mierda que antes. Pero me tranquilizo cuando te escucho decir: – *Perdón si estoy de nuevo acá...* – *Pensé que habías preguntado por mí*, –te respondo lo más rápido que puedo. (Y claramente lo hiciste, sino ¿Cómo me encontraste? ¿Cómo sabías que estaba acá abajo?)

–*Me gusta estar de nuevo acá.* –contestás.

Y te entiendo. Vos estuviste acá mucho antes, porque la mierda tuvo tu nombre mucho antes que el mío y viste al tesoro hundirse mucho antes que yo.

Sí.

Por eso sabías dónde estaba y te tiraste con confianza. Por eso te gustan las playas y odias los bosques. Por eso te gustan los atardeceres y odiás a Tim Burton.

–*Voy a quedarme un poco acá (...)* –y antes de dejarme seguir, lo decís vos:

–*Y cuidarte siempre a vos en la derrota. Hasta el final.*

El final.



DESPEDIDAS



A mi alumna, amiga, compañera y maestra, gracias por pasar por mi vida y dejarme ser parte de la tuya. Conocerme fue un regalo inesperado y acompañar tu obra en estos años uno de mis mayores honores. Aprendimos juntos que leer es conversar y yo voy a seguir hablando con vos mientras te leo, viendo con claridad tu cara del otro lado de la pantalla, tu sonrisa siempre presente, tu entusiasmo por darle a la escritora que habitaba adentro tuyo su lugar. Voy a seguir volviendo a tus palabras, buscándote viva en ellas como quien busca a un ser amado en la Avenida 9 de Julio, sabiendo, como sabíamos nosotras, que las posibilidades de que ese encuentro se dé son escasas, pero confiando siempre que nosotras podemos vencer a la suerte. Cuando te leo, te juro, te hacés cuerpo otra vez, y es más fácil convencerme de que no te fuiste nunca.

Donde sea que estés, deseo que te sigan encontrando las ideas, esas que nunca te van a dejar sola.

Juani

Es casi imposible escribir una “despedida” porque, en parte, me duele decirte adiós desde el día que me enteré que no iba a verte más. Dolió despedirme de vos esa tarde de octubre del 2021, con la promesa de vernos pronto. Prefiero decirte GRACIAS por todo lo que me enseñaste a mí y a todas las personas que te conocimos, muchas que lo hicieron solo virtualmente y muchas que lo harán a través de estos textos.

Fuiste una persona hermosa por donde se la mire y nadie puede negarlo. Tenías alma de profesora, porque siempre tenías una lección para dejarnos, ya sea a través de tus anécdotas personales o de tus escritos. Tenías el don de transportarnos a la Avenida 9 de Julio o a las playas de San Clemente, de hacernos sentir el solcito en la cara y la arena calentita bajo nuestros pies. Aún hoy, relejendo esto que escribiste me llevás a las mañanas del taller de escritura donde nos conocimos, cuando empezamos a planear tu visita a Tucumán, cuando empezó nuestra amistad.

Gracias Tami, gracias infinitas por habernos compartido una parte de tu hermosa vida.

Andy

Hasta el día de hoy mi mente no asimila tu ausencia. Siente que no es justo, que no puede ser, que vas a volver un abril o un mayo como dijiste la última vez que estuviste acá. Que te vas a tomar un Puna rosado con Andy y conmigo y vamos a hablar de los amores fallidos. Que vamos a viajar otra vez a Cafayate para traer más botellas de las que podemos cargar y que nos vamos a quedar hasta las dos de la mañana contando anécdotas.

La primera vez que te vi en las clases de Juani, llevabas un turbante y en ese momento pensé lo cool y chic que se veía en vos. También recuerdo quedarme asombrada por tu actitud ante las palabras para luego enterarme de que, por supuesto, eras abogada. Esa combinación feroz, directa y a la vez amable.

Estés donde estés espero que te encuentres con tus antepasados queridos, que leas libros y defiendas a los otros fantasmas de las injusticias. Gracias por dejarnos conocerte, por contarnos tus historias sobre Buenos Aires, San Clemente y gracias por hacernos parte de tu narrativa aunque sea brevemente.

Te quiero.

Mica

Tami, todavía guardo nuestros chats como esperando que por milagro me llegue una notificación tuya para pedirme que te comparta un meme o para darme un consejo para curar el mate con un chorrito de whisky. En octubre del 2022, festejamos en secreto que tenías el alta y estabas buscando venir al taller presencial de Juani de sorpresa, aunque al final no se pudo. Planeamos meriendas, brunchs y gin tonics que por H o por B no sucedieron, y ese abrazo físico para sellar una amistad de palabras virtuales quedo desdibujado en el tiempo.

Me gustaría decirte que eso hizo más liviana tu partida, pero no fue así. Me costó darme cuenta lo mucho que me dolió saber que todo ese microcosmos que habíamos creado entre nosotras, taller mediante, iba a quedar suspendido en aquel instante incierto en que dejamos de hablarnos con regularidad, y que ya nunca iba a volver, que lo que quedaba eran recuerdos y silencio.

Espero que donde sea que estes, te lleguen mis “gracias”, por las carcajadas a las 8 de la mañana, por la sinceridad y la transparencia, por tu autenticidad inspiradora, por compartir un pedacito de vos a través de tu arte, por no haber bajado los brazos. Te quiero Tami, gracias por todo.

Viola